Las Aguas de la Inclusión…

Jesús llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de las tierras que Jacob había dado a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob. Jesús fatigado del camino, se había sentado junto al pozo. Era la hora del mediodía. Una mujer de Samaria fue a sacar agua, y Jesús le dijo: "Dame de beber". Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. La samaritana le respondió: "¿Cómo tú, que eres judío me pides de beber a mí, que soy samaritana?". Los judíos, en efecto no se trataban con los samaritanos. Jesús le respondió: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú misma se lo hubieras pedido. Y Él te habría dado agua viva". "Señor, -le dijo ella- no tienes nada para sacar el agua y el pozo es profundo. ¿De dónde sacas esa agua viva? ¿Eres acaso más grande que nuestro padre Jacob, que nos ha dado este pozo, donde él bebió, lo mismo que sus hijos y sus animales?". Jesús le respondió: "El que beba de esta agua tendrá nuevamente sed, pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le dará se convertirá en el manantial que brotará hasta la vida eterna." "Señor, -le dijo la mujer- dame de esa agua para que no tenga más sed y no necesite venir hasta aquí a sacarla". Jesús le respondió: "Ve, llama a tu marido y vuelve aquí". La mujer respondió: "No tengo marido". Jesús continuó: "Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido, en eso has dicho la verdad" la mujer le dijo: "Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en esta montaña, y ustedes dicen que es en Jerusalén en donde se debe adorar". Jesús le respondió: "Créeme, mujer, llega la hora en que ni en esta montaña ni en Jerusalén ustedes adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los adoradores que quiere el Padre. Dios es Espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad". La Mujer le dijo: "Yo sé que el Mesías, llamado Cristo, debe venir. Cuando él venga, nos anunciará todo". Jesús le respondió: "Soy Yo, el que habla contigo". En ese momento llegaron los discípulos y quedaron sorprendidos de verlo hablar con una mujer. Sin embargo, ninguno le preguntó: "¿Qué quieres de ella?" o "¿Por qué hablas con ella?". La mujer dejando allí su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: "Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice. ¿No será el Mesías?". Salieron entonces de la ciudad y fueron a su encuentro.
(…) Muchos samaritanos de esa ciudad habían creído en Él por la palabra de la mujer que atestiguaba: "Me ha dicho todo lo que hice". Por eso, cuando los samaritanos se acercaron a Jesús, le rogaban que se quedara con ellos, y Él permaneció allí dos días. Muchos más creyeron en Él, a causa de su palabra. Y decían a la mujer: "Ya no creemos por lo que tú has dicho; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que Él es verdaderamente el Salvador del mundo".

(Jn 4, 5-30. 39-42)

Para tener en cuenta…

Es mediodía, la hora del máximo calor, de la máxima claridad, del sol resplandeciente que cae a plomo y reverbera sobre los resecos y polvorientos senderos que, cruzando el territorio de Israel desde Judea a Galilea, pasan a través de la apóstata Samaria, que hace tantos siglos abandonó la fe de los patriarcas, y se doblegó seducida delante de las recias divinidades de los conquistadores asirios. Jesús está de paso por esta tierra, por la que un judío, si es que se ve obligado a transitar, si es que no decidió tomar el rodeo de la Transjordania para evitarla, apura el paso para no contaminarse, para no tener contacto ni contagiarse con la idolatría que infecta todo el territorio.

Pero Jesús no tiene prisa, al contrario tiene fatiga y sed, fatiga de los caminos recorridos en vano, sed de encontrarse con una humanidad que acoja la presencia del Dios que se ha puesto en marcha para caminar con ella, una humanidad, a la que ha salido a buscar para anunciarle buenas noticias, pero que parece endurecer el oído cuando le sale al paso, cerrar los ojos para no verlo y pasar de largo… pero ahora es mediodía, la hora del sol en triunfo, la hora de la esplendente claridad de la Revelación.

Éste es el escenario en donde el cuarto evangelio sitúa el relato del encuentro de Jesús y la samaritana, junto al pozo de Sicar; relato que desborda sentidos simbólicos para sus destinatarios primeros: la comunidad del Discípulo amado, que está peregrinando fuera de Palestina, en los últimos años del siglo I:

Porque gravita sobre él el recuerdo gozoso de la hospitalidad y el reencuentro con los habitantes de Samaria que, luego de la destrucción del Templo a comienzos de la década del 70, desatadas las hostilidades de los fariseos hacia la comunidad judeocristiana de Jerusalén, abrieron sus puertas para acogerlos en su territorio, y abrieron su inteligencia y su corazón, cuando el éxodo de los perseguidos se transformó en ocasión misionera para la fe en Jesucristo.

Porque este relato alude al cese de los siglos de desconfianza, de mutua condena y exclusión que pesaban sobre ambos pueblos desde la separación, en tiempos de la invasión del Reino del Norte por parte de los Asirios y la facilidad con que los samaritanos parecieron olvidarse de la tradición de los padres, que los ligaba con el único Dios de Israel, para volver a los antiguos cultos de esa tierra, y hacer lugar en los antiguos santuarios para las divinidades de los vencedores; a esto precisamente se está refiriendo Jesús cuando descubre de cara a la samaritana la cuestión de los cinco maridos y su actual estado de adulterio; pero en el tono de Jesús, no hay condena, no viene a cobrar los sentimientos de un Dios despechado, de un marido al que se le ha sido infiel, al que se le ha arrastrado el honor por los suelos; sino que viene a reiterar la invitación, viene con sed a pedir el agua de la reconciliación, para ofrecer, por su parte el agua de la inclusión en un orden nuevo, el agua de la vida que no conoce límites.

Porque este relato es también la buena noticia de un Dios, que una vez más ha tomado la iniciativa para inaugurar el tiempo nuevo de un nuevo culto, que no quiere saber de fronteras:

Ni de razas: judíos, samaritanos y paganos, cuya evangelización lleva tres décadas de ímpetu arrasador en todas la cuenca del Mediterráneo, están siendo llamados a reconocerse como una comunidad nueva en Cristo, la comunidad de los nuevos adoradores en espíritu y verdad; superados tanto el Templo de Jerusalén, como el monte Garizím de los samaritanos; la comunidad de los hombres con Dios, del Dios con nosotros.

Ni de géneros: porque es una mujer a la que elige como interlocutora de parte de su pueblo, y ante el asombro de ella misma, de los discípulos -que no entienden ni la ocasión, ni el sentido ni el propósito de esta insólita conversación- y de los propios samaritanos, la convierte en Apóstol: la envía a buscar a sus vecinos, la envía a anunciarles su presencia.

Ni de condición: porque no son palabras de condena las que resuenan en la réplica de Jesús acerca de los maridos, sino de franca revelación de la Verdad que nos renueva, nos libera y nos dispone para caminar hacia delante: Verdad sobre su propia identidad, -la de Jesús- el "Yo soy" de la declaración mesiánica, tan frecuente en el Cuarto Evangelio, nunca es tan explícito como aquí, en donde estas palabras no resuenan misteriosas, rotundas y solemnes, sino van acompañadas con el coloquial: "el que está hablando contigo"; verdad sobre su condición y su pecado –el de la samaritana- que queda superado, abandonado junto al pozo con el cántaro de la sed, que ahora se ha saciado para siempre en el encuentro con Cristo.

El relato de este encuentro con la Samaritana es también un relato del modo como Dios nos sale al paso: sin imponerse, desde una pedagogía que parte de la fragilidad y cuenta con la nuestra, que va fortaleciendo esa debilidad a partir del desvelamiento gradual, paciente y amoroso de la verdad que ha venido a revelar: no es un Dios todopoderoso y señorial el que le pide de beber a la samaritana, es el del rostro sediento, curtido por el sol y la fatiga del caminante; es el Dios que se hace cercano y permite ser reconocido por aquellos que están tan sedientos como Él: la mujer va descubriendo quién es el que está frente a ella, a medida que se va descorriendo el velo de las mutuas identidades; y el descubrimiento es progresivo: éste, que ha salido a su encuentro es más que un judío, su primera seña de identidad: ha superado la barrera de exclusión que separa los dos pueblos; será reconocido por la mujer como Señor, como Profeta y finalmente como Mesías.

Es el rostro del revelador que va ahondando en la vida de aquellos con los que se encuentra, mostrándoles la Verdad no solo en el esplendor trascendente que todo lo inunda y todo lo traspasa, pero que precisamente a causa de esa inconmensurable trascendencia, corremos el riesgo de contemplarla como un contenido teórico, pero aséptico; bello en demasía, pero que no nos toca, no nos alcanza, al que accedemos solo empinándonos en un esfuerzo intelectual.

La Verdad que viene a revelar Jesús, ahonda hasta la profunda verdad personal de la mujer que tiene en frente, hasta el nivel de sus anhelos, de sus carencias, de lo que es ella misma, en la intimidad apenas confesada ante sí misma: "me ha dicho todo lo que he hecho", ésa es la Verdad que conmueve y convierte el corazón de la mujer y la apresta a convertirse, desde este momento, en la discípula que Jesús necesita y que ha salido a buscar, la discípula que está en condiciones de ser enviada, de ser transformada en Apóstol que viene a entregar no una doctrina firmemente aprendida, sino una experiencia que ha irrumpido en su existencia y ha transformado desde dentro, de manera íntegra, y hasta las raíces, su vida.

Éste, que le pide de beber junto al pozo de Jacob es quien también la ayuda a remontarse a los tiempos del padre común, y reconocer la comunidad del origen, y desde allí poder restañar las heridas de la separación: si Jesús es inclusivo en su acción y da el primer paso dirigiéndose a la samaritana, sin reparar en la cuestión de la mutua exclusión; esta actitud es contagiosa y fecunda: la mujer supera esa barrera, cuando nombra a Jacob como "nuestro" padre; con el uso del pronombre posesivo inclusivo, quedan hermanados Jesús y la samaritana, y este sentir nuevo de la inclusión es lo que, al final del relato, lleva a los samaritanos, misionados por la mujer y evangelizados por la palabra y la presencia de Jesús, a invitarlo a quedarse, a ser parte de la suerte de su pueblo y a reconocerlo como Salvador del mundo.

Más allá de las fronteras de uno y otro pueblo, más allá de judíos, samaritanos, paganos, hombres y mujeres, dominadores y dominados, Jesús es declarado, a partir del encuentro en Sicar, junto al pozo de Jacob, buena noticia para la humanidad entera.

Raúl Moris G. Pbro.